

cen otros esfuerzos para enriquecer los vínculos entre la literatura y la pintura: “Velázquez y *La Celestina*. Una Venus que no es tal”, en *Cervantinas y otras páginas*, señala nuevas consecuencias iconográficas de la *Tragicomedia* de Fernando de Rojas, que vuelve a adquirir protagonismo en otro y esta vez completo análisis de las “pinturas negras” de Goya incluido en *Estilo, pintura y palabra*, donde además se relacionan esas pinturas con la posible lectura de Hesíodo y del caos que en su *Teogonía* asignó a la noche de los tiempos u origen del universo. Como puede advertirse, los hallazgos no solo se refieren a la pintura y a la literatura en España: bien lo prueban el análisis y la interpretación de *La tempestad* de Giorgione en función del mito de Dionysos tal como aparecía desarrollado en *Las bacantes*, la tragedia de Eurípides que en 1503 había sido publicada en Venecia en la imprenta de Aldo Manuzio. José Ricardo Morales no impone sus interpretaciones: las propone, confirmando con esa actitud la propia del humanista que muestra de continuo en sus saberes múltiples y en su incansable y libre ejercicio del pensamiento.

En algunas de las muchas páginas de este segundo volumen se insiste en que las palabras dicen de aquello a lo que aluden, pero sobre todo dicen de sí mismas, pues llevan consigo la impronta de la historia que han desarrollado, conformada por las acepciones adoptadas a partir del sentido de la raíz en la que se originaron. Cabe concluir que esa actitud de José Ricardo Morales guarda relación, al menos en sus primeros años de exilio, con la condición del desterrado, que busca en el idioma un territorio en el que arraigarse. Pero lo que importa son los resultados, y lo cierto es que hasta sus ensayos llega la riqueza verbal que es una de las características de su teatro, ocasión allí para frecuentes juegos de palabras y asociaciones imprevistas o tan previsibles que dejan de manifiesto la incomunicación de la comunicación, a veces para el ejercicio de un humor inteligente y cáustico. Su prosa es la de quien ha dedicado mucho tiempo a indagar en los secretos del lenguaje, en la raíz de la que derivan las modalidades y la significación de los vocablos, que se usan con una precisión implacable, atenta tanto a la etimología como a su exacta significación final. Estos ensayos, en suma, muestran por entero a alguien que es, además del intelectual humanista que acreditan su pensamiento y sus conocimientos, un excepcional escritor.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Rosa Navarro Durán. *Gerardo Diego y la «Fábula de Alfeo y Aretusa» de Pedro Soto de Rojas*. Santander. Fundación Gerardo Diego. 2013.

El libro que nos ofrece la Fundación Gerardo Diego relata un desconocido episodio de una de las aventuras culturales más fructíferas del siglo XX español: la recuperación y actualización del cultismo literario del Barroco por los jóvenes poetas que hemos agrupado bajo el rótulo de Generación del 27.

Esta materia se trató como primicia en un extenso y documentado artículo que vio la luz en estas mismas páginas del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* en 2012 con el título de «Un poema inédito de Pedro Soto de Rojas: la *Fábula de Alfeo y Aretusa*». Ahora, algunos de los temas y problemas de aquel estudio se retoman, se ensanchan e incorporan nuevos horizontes hasta adquirir las dimensiones propias de un volumen independiente.

El capítulo en cuestión a que aludí al empezar esta reseña se inicia a fines de 1919, cuando un joven Gerardo Diego encuentra en la Biblioteca Menéndez Pelayo de

su natal Santander un manuscrito poético del siglo XVII. Le gusta el poema que contiene y, en consecuencia, lo transcribe y se dispone a dar noticia de él; pero el artículo que redacta ha permanecido inédito y manuscrito hasta nuestros días, aunque habían dado noticia de su existencia tanto Rafael Gómez de Tudanca, en un artículo de *El diario montañés*, como Gabriele Morelli.

El poeta de la *Fábula de Equis y Zeda* queda gratamente impresionado por el descubrimiento de esta silva cultista que en algún momento le recuerda tanto a Góngora que especula con la posibilidad de que fuera una obra perdida del poeta cordobés. Desestima esa posibilidad. Ve rasgos en los versos que no responden enteramente al espíritu del maestro y que, en cambio, encajarían perfectamente en la lengua y el arte de un temprano y aventajado discípulo. No llega a poner ningún nombre para el autor del poema.

El artículo del joven filólogo y el manuscrito barroco han permanecido casi un siglo más a la espera de la «mano de nieve» que los trajera al mundo de los textos vivos y actuantes. En esa empresa, además de la Fundación Gerardo Diego, han tenido arte y parte Elena Diego, Pureza Canelo y Rosa Navarro Durán.

A esta última, catedrática de la Universidad de Barcelona, experta en la lírica del Siglo de Oro y también en la literatura de la Vanguardia, le ha correspondido examinar las notas juveniles de Gerardo Diego y los versos que llamaron su atención. Esa mirada crítica y encariñada ha cristalizado en un precioso volumen que rescata un interesante y olvidado poema de la tradición cultista del Barroco, y un análisis que lo incardina en la modernidad cultural.

Su estudio permite completar el proceso de identificación del autor. Gerardo Diego había señalado con exactitud la serie literaria a la que pertenece el olvidado manuscrito de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Rosa Navarro nos propone un nombre: Pedro Soto de Rojas. Ecos y reminiscencias (intertextualidades, que dicen ahora) de *Los rayos de Faetón*, *Desengaño de amor en rimas* y *Los fragmentos del Adonis* avalan la atribución, aunque el poema quedara inédito e inconcluso porque su «sensualidad es tanta o más [que la del *Adonis*]» y «no hubiera convenido a su cargo [Soto era sacerdote] ni su impresión ni su difusión» (p. 22). En el manuscrito, deteriorado en sus primeros folios, parece insinuarse un *Don P...* («al menos me parece a mí ver claramente esa *P*», puntualiza con cautela la moderna editora) que no desmiente la atribución.

Un amplio capítulo se consagra a rastrear los puentes que unen la *Fábula de Alfeo y Aretusa* con los poemas del discípulo granadino de Góngora. Temas, motivos, formas expresivas en que se emparejan los versos publicados con los inéditos de esta inconclusa silva. Todo un recorrido por las variaciones que van adoptando los tópicos a impulsos del cultismo gongorino hasta la final confluencia de las formas expresivas en la *Fábula* y en los versos conocidos y reconocidos de Soto de Rojas.

Un nuevo capítulo dibuja la relación de Gerardo Diego con el canónigo del Albaicín. No estamos ante algo ocasional o pasajero, sino ante el testimonio de la lectura atenta y deslumbrada del cultismo barroco, ante la memoria de los tiempos en que los jóvenes poetas del 27 se «intercambiaban hallazgos líricos». Diego, pionero en la recuperación de Góngora, quizá fue el miembro de su generación que mejor asimiló la definición que Fernández Montesinos nos dio del Barroco: «no “lo uno o lo otro”, sino “lo uno y lo otro”». Góngora y Lope (el del metaliterario soneto a Violante, el férvido amante de Lucinda, el humorista conceptuoso de las *Rimas de Burguillos*), pero también aquellos geniales creadores a los que la coincidencia increíble en el tiempo con Góngora, Lope y Quevedo ha condenado a figurar como segundones en las historias literarias: Villamediana, Soto de Rojas, Bocángel... Sus notas y artículos comentan al

poeta granadino con citas de primerísima mano, las de un lector «aficionado», que retiene en la memoria los versos y los acaricia al repetirlos y al copiarlos. Los transcribe en previsión de futuros trabajos académicos, pero también por el mero gusto de volver a plasmar palabras tan bellas, que alimentan su propia creación, probablemente la más variada y moderna y posmoderna de su tiempo.

La silva que descubrió admirado Gerardo Diego es «una obra en marcha», con notas y escolios, a modo de indicaciones y recordatorios de las enmiendas y ampliaciones que se recomendaba a sí mismo el poeta. Puede señalársele una fecha *a quo*, la de 1618, la de la creación de la *Fábula de Píramo y Tisbe* gongorina, de la que hay ecos manifiestos.

El interés de Diego por estos versos que se le presentaban como anónimos puede enlazarse con su sostenida atención crítica por Soto de Rojas. Muchas veces esta labor no pretendía salir de los dominios de la intimidad (una nota manuscrita, un comentario al margen, un artículo que no se llegó a publicar); pero en otros momentos aspiró a tener una dimensión pública: por la *Antología poética en honor de Góngora*, sabemos que estaba preparando una edición del *Adonis*, de la que se encuentran testimonios fehacientes en el archivo del poeta de *Alondra de verdad*. Gerardo Diego transcribió a mano y mecanografió el texto, tomó notas y versos del *Desengaño de amor*, del *Paraíso cerrado* y de *Los rayos de Faetón*. «No es, por tanto, casualidad que supiera ver la belleza de la *Fábula de Alfeo y Aretusa* y la copiara, sino que su sensibilidad lírica le hizo descubrir esta joya, cuyo autor es precisamente el poeta que tanto admiraba» (p. 77).

Tras la amplia introducción crítica, se nos ofrece la rigurosa edición de los 946 versos de la fábula, con lagunas provocadas por la rotura de alguno de los folios (1, 4 y 5) y con las anotaciones y apostillas marginales que nos dan cuenta de las reflexiones del autor sobre su poesía en proceso de avanzadísima gestación.

A continuación, se publica el artículo inédito de Gerardo Diego «Un poema manuscrito del siglo XVII en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», que es, a un tiempo, una descripción del códice, unos leves apuntes sobre la posible autoría y, ante todo y sobre todo, una amplia disertación en torno al cultismo gongorino, cuya defensa y explicación no era inútil ni redundante en 1919. Pone particular énfasis el estudioso en enlazar el arte de don Luis con la sensibilidad resucitada a impulsos de la revolución simbolista (Mallarmé, Jules Renard, Rubén, Valle-Inclán, los Machado...) y proyectada hacia la estética de las vanguardias.

El volumen se completa con los facsímiles del manuscrito de Soto de Rojas y del autógrafo de Gerardo Diego que lo transcribe y comenta.

El conjunto es un precioso regalo que pone en manos del lector las reliquias de un poema perdido, y las notas y escolios de un gran poeta moderno que sabe unir erudición y técnica filológica con la intuición precisa para descubrir en unos cuadernos deteriorados una obra de arte del pasado que habla a la sensibilidad de su presente.

FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Rosa Navarro Durán. *Pícaros, ninfas y rufianes. La vida airada en el Siglo de Oro*. Madrid. Editorial Edaf. 2012. 304 páginas.

Rosa Navarro lleva muchos años en la exploración de los territorios literarios que habitan pícaros, ninfas y rufianes, esos personajes de un inframundo social construi-